

RESEÑA

María Pilar BENÍTEZ MARCO, *María Moliner y las primeras estudiosas del aragonés y del catalán de Aragón*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses («Bal de Bernera», 14), 2010, 240 páginas, con fotografías.

María Dolores GIMENO PUYOL*
Universitat Rovira i Virgili, Tarragona

Este trabajo nace del propósito de analizar los estudios filológicos realizados por mujeres desde principios del siglo XX hasta los años setenta, a menudo silenciados por la historiografía. La autora, también filóloga y estudiosa del aragonés, se centra en concreto en los trabajos femeninos sobre el aragonés y el catalán, lenguas minoritarias y minorizadas de Aragón, por lo que atiende a otro aspecto pionero y a un doble silencio.

Se articula en dos partes fundamentales, agrupadas en apartados temáticos, con la Guerra Civil como justificado gozne cronológico. Los comienzos del siglo ofrecen un brillante panorama en torno al Estudio de Filología de Aragón (EFA), institución fundada en 1915 según el ideal romántico de recuperación de las lenguas y culturas regionales y dirigida con brío por el catedrático de Derecho de la Universidad de Zaragoza Juan Moneva y Puyol, que pretendió estudiar las tres lenguas coexistentes en el territorio aragonés mediante diversos proyectos. La magnitud de estos le obligó a contar con colaboradores tanto externos como e internos, permanentes —los secretarios redactores— o transitorios —los colaboradores alumnos—, una organización compleja que se trata de clarificar en sendos subapartados introductorios y de la que se destaca la notable colaboración femenina, documentándola de forma precisa con las actas y memorias del EFA. Entre la extensa

* mariadolores.gimeno@urv.net

lista de colaboradores externos, que remitieron fichas para la elaboración del *Diccionario aragonés*, la autora rastrea con detalle la presencia de mujeres como Felipa Molins, de La Codoñera (Teruel); Francisca Perea, de Paniza (Zaragoza); y, sobre todo, Pilar Rebullida Sancho, de Torrevelilla (Teruel), quien recopiló una importante colección de voces de su localidad y de las cercanas, además de otra del Bajo Aragón junto a su marido. Se subraya que las fichas de Rebullida presentan cierta articulación interna y aportan datos gramaticales, explicaciones fónicas o indicaciones de uso, aunque no se precisa si la autora identificó el sistema lingüístico —catalán— al que pertenecían.

Las que fueron colaboradoras internas del EFA lo hicieron de manera transitoria como alumnas universitarias, pensionadas por la Diputación el primer año de la institución, o más adelante como aspirantes a secretarías de la misma. Según deduce Benítez a la luz de los *Libros diarios de trabajos*, participaron en los diferentes proyectos filológicos y recibieron formación mediante los cursos impartidos por la institución y con la práctica. Serafina Javierre, María Pilar Moneva, María Dolores de Palacio, María Pilar Pacareo, María Pilar Lamarque y Matilde Moliner integran ese preparado grupo de alumnas, que se licenciaron en Filosofía y Letras y ejercieron luego como archiveras o profesoras. Sus funciones fueron similares a las de las secretarías redactoras, colaboradoras permanentes y también estudiantes de Filosofía y Letras, con quienes Moneva pretendía formar un grupo de estudiosos de la Filología Aragonesa; de casi todas ellas se ofrecen sendas reseñas independientes, estructuradas cada una en dos partes: su biografía y su trabajo en el EFA. De Áurea Javierre, la primera secretaria redactora, se documenta su contribución al planeado *Diccionario aragonés* y al proyecto de toponimia de Aragón, concretada en la sistematización de los cuestionarios recibidos desde las diversas poblaciones y en sus aportaciones de voces del Somontano, Benabarre y Benasque.

Resulta de especial interés el extenso capítulo dedicado a su sucesora María Moliner, pues descubre las hasta ahora desconocidas bases de su formación lexicográfica, y está muy justificado que su relevante figura dé título al presente estudio. Benítez analiza el papel fundamental de su estancia en el EFA, entre 1916 y 1921, donde participó en las diferentes etapas del mencionado *Diccionario*, a saber, ordenación y transcripción de papeletas, revisión y transcripción de estas y contribución a las secciones de paremiología y toponimia; asimismo, revisó la 14.^a edición del *Diccionario de la lengua castellana* dentro del equipo dirigido por Moneva, académico correspondiente de la RAE, a la que se enviaron enmiendas y adiciones de aragonesismos. Licenciada en Filosofía y Letras (sección Historia), Moliner hubiera continuado su brillante carrera de archivera de no haber sufrido un expediente de depuración tras la Guerra Civil por los cargos que ocupó durante la República; no obstante, ello la devolvió a su vocación inicial de filóloga y lexicógrafa, materializada en el novedoso *Diccionario de uso del español* (1966-1967), cuyos objetivos revelan bastantes similitudes con los manifestados en el proyecto del *Diccionario aragonés* del EFA, según se destaca y estudia con pormenor.

A continuación, se revisa conjuntamente, tras sus respectivas biografías, la labor de otras cuatro mujeres (Estrella Guajardo, Mercedes Izal, María Mendizábal y María Buj), que coincidieron en el EFA como colaboradoras alumnas y secretarías redactoras; por ello adquirieron una formación similar y, a través de sus funciones administrativas, participaron en empresas como el citado *Diccionario aragonés* y el *Borrador diccionario aragonés (A-D)* —del que Benítez conjetura por las fechas y tipos gráficos que puede corresponder al mismo proyecto (p. 122)— y en la transcripción del original del *Vocabulario de Aragón* que Moneva presentó al Premio Extraordinario convocado por la RAE en 1922. También cooperaron en los inicios de proyectos de paremiología y toponimia aragonesa y en el nuevo de onomástica para el *Diccionario*, entre otras labores. Como últimas secretarías redactoras del EFA, se analiza de manera conjunta el trabajo de María Pilar Sánchez Sarto y Margarita Jiménez, las únicas que trabajaron en las dos etapas de la entidad, entre 1915-1925 y 1930-1931.

Benítez concluye el repaso de esa época con el momento del resurgir en España de la filología románica moderna, que introdujo nuevas metodologías gracias a los contactos con los estudiosos europeos y propició escuelas vinculadas a otras de ámbito internacional. En ese contexto surgió la llamada *escuela española de lingüística o de Menéndez Pidal*, director de la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos, que desarrolló el interés por la historia literaria y la dialectología hispánica. Discípula suya fue la barcelonesa Francesca Vendrell, cuya tesis doctoral, *La corte literaria de Alfonso V de Aragón y tres poetas de la misma* (1931), contiene un apéndice con textos en aragonés del poeta Pedro de Santa Fe, una muestra de la integración pidaliana del estudio de la lengua y la literatura.

La segunda parte del trabajo muestra cómo el acceso de las mujeres a la enseñanza superior efectuado durante el primer tercio del siglo XX quedó truncado por la Guerra Civil y la inmediata posguerra, pues a las penurias materiales se sumó una ideología que propugnaba papeles femeninos tradicionales. De aquella oscura universidad se traza un acertado retrato a partir de testimonios tan significativos como los de Manuel Alvar, quien no se olvida de sus compañeras de aulas, muchas de las cuales no continuaron los estudios realizados para poder dedicarse a las familias que formaron. Es el caso de Rita Lorén, licenciada en Historia y autora junto a su marido, el veterinario José de Jaime, del primer repertorio léxico especializado del aragonés: «Contribución al estudio de la filología agrícola y pecuaria aragonesa» (1950, ampliado en 1952). El estudio sobresale por su carácter práctico, destinado al uso de veterinarios desconocedores del léxico de agricultores y ganaderos, por su concepción interdisciplinaria y por su vindicación del tesoro filológico aragonés y, con él, del valor del idioma del pueblo.

Otras sufrieron la oposición familiar para acceder a estudios superiores, pero lo compensaron con su trabajo autodidacto, como hizo Hortensia Buisán Bernad, que inspirada por el amor a la lengua popular y autóctona del Pirineo, de donde procedía, elaboró su *Diccionario dialectal del valle de Hecho* (1944), ganador del concurso

convocado por la Sección de Filología de la Estación de Estudios Pirenaica de Jaca, del CSIC, dirigida por Antoni Griera. De él se destaca la unión que realiza de dialectología y etnografía, al añadir a la recopilación ejemplos de uso y una colección de *trobos*, con los que Buisán pretendía salvar lengua y cultura de la desaparición que adivinaba.

Como se ve, Benítez, además del contexto general, rastrea las circunstancias familiares de esas pioneras, así como sus motivaciones para realizar esos estudios y su devenir posterior, articulando cada entrada según el esquema establecido de biografía y obra completa, de la que describe con minucia los estudios respectivos del aragonés o el catalán, en su contenido y en lo que tienen de implicación filológica; además, cuando le ha sido posible, ha realizado entrevistas personales, en que ha incitado a las entrevistadas a la autocrítica. Así lo hace con el grupo privilegiado de las primeras licenciadas en Filología Románica, autoras en diversas universidades de tesinas dirigidas por discípulos más o menos directos de Menéndez Pidal, por lo que tratan de edición de textos antiguos y de dialectología y responden a planteamientos historicistas. La única doctora entre ellas fue María Soledad de Andrés, filóloga de dilatada experiencia que se inició con la tesis *La vida de santa María Egipcíaca* (1957; publicada por la RAE en 1964) en la Universidad Complutense de Madrid, que sobresale por el rigor científico con que estudió los rasgos dialectales aragoneses del copista del texto en el siglo xv. Otra estudiosa de textos históricos fue Amelia Ágreda, con su tesina *El aragonés en la Cancillería de Pedro IV* (1966) en la Universidad de Barcelona, un análisis de cincuenta documentos a los que aplica un agudo sentido crítico, pues disiente de autoridades en la materia, caracteriza la lengua empleada según el contexto y la formación de los escribanos y advierte las coincidencias entre catalán y castellano en función del común origen y pertenencia a una misma Corona. Otras tesinas, dirigidas en Barcelona, al igual que la anterior, por Antoni Badia, atendieron a repertorios léxicos, como el *Léxico de la vivienda en el Pirineo aragonés* (1956), de Blanca Lanzas, o el estudio antroponímico y toponímico de Esther Santamaría *Apellidos. Nombres de calles. Apodos de Fraga* (1968). También proliferaron en ese momento las monografías centradas en hablas locales, y entre las realizadas por mujeres aragonesas María Trinidad Bondía estudió *El habla de Maella* (1965), y María Pilar Maestro —esta en Salamanca—, *El habla de Morata de Jalón* (1965). Lanzas y Maestro coinciden en utilizar el método alemán *Wörter und Sachen* («palabras y cosas») y en incidir en repertorios léxicos tradicionales. De Lanzas y Santamaría se destaca asimismo el minucioso trabajo de campo realizado para superar la falta de material escrito, consistente en encuestas realizadas a mujeres mayores, por ser informantes más abiertas y mejores preservadoras de las variantes dialectales respectivas.

El exhaustivo estudio concluye con una cala en el contexto final del franquismo, cuando a la vez que la economía se desarrolla la conciencia territorial aragonesa. En él surge la figura de Nieuw Luzía Dueso, maestra natural de Plan, escritora, informante de Ánchel Conte y Francho Nagore, y autora del cuaderno perdido

Vocabulario-estudio de la fabla del valle de Xistau (Plan), que Rafael Andolz incorporó a su *Diccionario aragonés* (1977) y que contenía interesantes informaciones etnográficas, ejemplos de uso y fraseología. Con su retrato se cierra la serie de los primeros estudios filológicos hechos por mujeres sobre el aragonés y el catalán de Aragón, que sin duda ayudaron a dignificar su condición femenina y la de las lenguas que estudiaron, a sabiendas o no. María Pilar Benítez, conscientemente, contribuye a ello, con rigor filológico, apoyada en una extensa bibliografía de tipo general o específico y en una pertinaz revisión de materiales de archivo, lo que le permite reconstruir el contexto general y sustentar en él los casos particulares analizados, a la vez que tiende puentes interlingüísticos como los que inspiraron al Estudio de Filología de Aragón.